

LA LITERATURA COLOMBIANA

(Continuación)

El doctor Manuel Uribe Angel (1822), a semejanza del doctor Zerda, cultivó las letras al par que las ciencias; fue eminente médico y patriarca intelectual de la juventud de Medellín. Su obra más importante es la *Geografía General y Compendio Histórico del Estado de Antioquia en Colombia* (1885), grande y hermoso volumen, adornado con ilustraciones. Escribió en Nueva York, para ser pronunciado en un centro hispano-americano, un elegantísimo discurso sobre Cervantes, que revela sus notables dotes de literato.

Sería una injusticia no consignar el nombre de Alberto Urdaneta, distinguido *amateaur* en pintura y redactor del *Papel Periódico Ilustrado*, en cuyos cinco volúmenes, editados de 1881 a 1888, reunió una galería de retratos y de biografía de los más notables colombianos y publicó trabajos interesantes para la historia, la literatura y el arte en Colombia. En ésta y otras empresas de cultura gastó generosamente su fortuna personal. No era Urdaneta escritor, pero dejó sus amenas cartas de *Una excursión por España*, que publicó el *Repertorio Colombiano*. Su nombre vivirá unido a aquella espléndida revista, en la cual colaboraron los mejores escritores de Colombia.

Escritor modesto y laborioso, de los más útiles que ha tenido Colombia, fue Isidoro Laverde Amaya, autor de la *Bibliografía colombiana* (1882), cuyo auxilio es inapreciable para todo el que escriba sobre nuestras letras, y de libros amenos y simpáticos, llenos de juicios discretos y de datos curiosos, como *Viaje a Venezuela*, *Fisonomías de colombianos*, etc. La segunda edición de

la *Bibliografía*, mucho más completa y redactada en forma más adecuada que la primera, quedó en la letra *M* por la enfermedad mental que abrevió la vida del autor.

Justo es, por último, recordar la influencia que ejerció en nuestras letras el citado señor Merchán, que era cubano de nacimiento, pero que formó en Colombia su hogar y aquí escribió sus *Estudios críticos*. Hombre de vasta erudición, de poderoso talento crítico, de tendencias conservadoras en materia de lengua y de estilo, de aficiones francesas en cuanto a su formación literaria, Merchán ejercía un magisterio muy propio para mantener a la juventud en el camino del buen gusto. Era un espíritu sereno y ponderado, en el cual la chispa del arte ardía bajo apariencias de un razonador analítico y frío.

No calló la poesía en este período de apasionadas luchas y de guerras civiles. Figuran poetas distinguidos, que ya siguieron las huellas de don José Joaquín Ortiz, ya se acogieron bajo la enseña del Núñez de la primera época o de alguno otro de los poetas antes recordados. Los primeros descuellan en la oda heroica, en la poesía descriptiva, y manejan, como Ortiz, la silva de amplios y rozagantes pliegues. Cuéntanse en este grupo, don Ruperto S. Gómez (1837-1910), vigoroso cantor de Bello, laureado por la Academia Colombiana; don Rafael Tamayo (1851), poeta quintanesco en sus odas y discípulo de Selgas cuando canta a las flores; Arsenio Esguerra (1836-1875), dulce poeta de inspiración religiosa; Jorge Roa, que pronto abandonó la poesía por la prosa, en la cual se ha distinguido por su estilo castizo y punzante; Luis A. Restrepo Mejía, malogrado ingenio que dio gallarda muestra de sí en su oda *Las glorias de la patria*; Fidel Cano (1854), célebre como periodista y cantor de blandos afectos domésticos en su bella silva *A un árbol*;

y Agripina Montes del Valle, la más ilustre de las poetisas colombianas, cuya oda al *Tequendama*, llena de primores descriptivos y de rasgos de exquisita sensibilidad, supera a cuanto han escrito poetas nacionales y extranjeros sobre tan magnífico tema. Si esta señora cultivó el género de Corina, doña Mercedes Alvarez de Velasco manejó la lira apasionada de Safo en versos que le valieron testimonio de simpatía de don Juan Valera y otros críticos.

En el otro grupo ocupan puesto preeminente: Diógenes A. Arrieta, orador vibrante y florido y versificador elegante; Antonio José Restrepo, estilista de cepa clásica y delicioso *causeur* en discursos y conferencias; y Candelario Obeso, malogrado y gentilísimo ingenio, autor de cantos populares, en que imita el dialecto de los bogas del Magdalena y expresa la tristeza de la raza a que pertenecía este noble y desdichado Otelo. No escribió versos, sino prosa, pero en ella lució dotes de verdadero artista, Juan de Dios Uribe, temperamento violento y excesivo, incapaz de distingos ni atenuaciones, flagelador injusto y cruel de sus adversarios políticos, radical avanzadísimo en ideas, pero de estilo muy castellano en su vibrante y masculina prosa. Sus escritos han sido coleccionados por su compañero de campañas periodísticas, Antonio José Restrepo, con el sugestivo título *Sobre el yunque*.

Francisco A. Gutiérrez se mostró discípulo de Fallon en su *Meditación*, en donde hay estrofas que recuerdan la religiosa idealidad de las de *La luna*. Roberto Mac-Douall conmovió la opinión pública en 1883 con *El joven Arturo*, feliz adaptación del género de las *Leyendas* de Batres. No tiene Mac-Douall la gracia picaresca de éste, ni su desenfado de estilo; pero sí chiste espontáneo y decoroso, fácil versificación y feliz ingenio.

Al lado de estos poetas, figuraba un grupo de jóvenes, de ingenio chispeante, de ameno trato social; grandes improvisadores, que animaban las tertulias de la época con las espontáneas y brillantes muestras de su inspiración. Entre los primeros de ese grupo se contaban Carlos Sáenz Echeverría, elegante lírico y autor de una zarzuela a la cual puso música la gentilísima artista doña Teresa Tanco de Herrera, y Roberto de Narváez, que dejó traducciones perfectas de Carducci y algunos delicados sonetos originales. Consagró el recuerdo de ese grupo, especialmente de Narváez, otro de sus compañeros, el elegante escritor, don Roberto Suárez, en un artículo que publicó en el *Papel Periódico Ilustrado*. En los viajes del argentino Cané hay también grata memoria de esos ingenios, que contribuyeron a dar carácter original a la sociedad elegante de entonces.

La épica literaria fue cultivada por don Enrique Alvarez Bonilla y el obispo de Santa Marta, don Rafael Celedón. El primero (1847-1913) fue escritor laborioso y fecundo, autor de varios trabajos didácticos, poeta lírico en sus *Horas de recogimiento* y cantor épico de *Santa Fe redimida* y del *Macabeo*. El primero de estos poemas, que tiene por asunto la campaña de Boyacá, ofrece trozos descriptivos de magnífica inspiración, pero flaquea en otros aspectos del relato. Tradujo Alvarez en octavas reales, con la fidelidad que el metro permitía y con notable vigor de estilo, todo *El Paraíso perdido*, de Milton, traducción muy superior a la desmayada de Escoiquiz. También vertió en diversos metros, *La Jerusalén libertada*, de la cual se publicó el canto octavo. Celedón era extraño y vigoroso poeta, de rudas formas y de elevados pensamientos, y aun cuando el asunto de su obra *Pío IX y el Concilio Va-*

ticano no sea propiamente épico, tiene trozos de brillante ejecución y estrofas dignas de Valbuena. La mejor poesía de Celedón es su oda *A la Asunción de la Virgen*, que premió la Juventud Católica de Bogotá. Este ilustre prelado, autor de una *Gramática goagira* y de otros trabajos eruditos, nació en San Juan de Cesar en 1833 y murió en los primeros años del siglo presente. Fue apóstol de la península de la Goagira.

En el teatro, muy poco cultivado en este tiempo, debemos anotar una tentativa en el género de Echegaray, cuyo influjo era incontrastable en todos los países de habla española: el drama *Cuerpo y alma*, del dulce poeta Carlos Posada, hijo del grande historiador, cuyo estreno fue saludado con un penetrante y hermoso artículo de Merchán.

En 1883, con ocasión del centenario de Bolívar, se publicó, por iniciativa del notable poeta y diplomático chileno don José Antonio Soffia, el *Romancero colombiano*, que es una verdadera antología de los poetas que componían entonces nuestro parnaso. Es una colección interesante para la historia literaria, porque significa un curioso esfuerzo para renovar la forma de poesía más netamente española, aplicándola a celebrar los hechos gloriosos de la epopeya de nuestra emancipación de España. Es como una tentativa de incrustar ese episodio en el cuadro de los hechos gloriosos para la raza; colocando a Bolívar, a Sucre y compañeros, al lado de Cortés y del Gran Capitán. En el *Romancero* hay, al lado de recuerdos ingratos para un español, notas de hondo amor a la madre Patria, como la composición *¿Por qué vencimos?*, de Carrasquilla, y el solemne himno *La reconciliación*, de Caro.

La transformación política de 1886, animada de espíritu católico, alejó de la enseñanza oficial el sen-

sualismo y el utilitarismo y el vago e incoherente eclecticismo con que a última hora quiso sustituirlo el docto profesor suizo E. Roetlisberger. El Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, fundación del arzobispo fray Cristóbal de Torres, volvió a establecer en sus cátedras la filosofía tradicional y cristiana, bajo el magisterio de Monseñor Rafael María Carrasquilla (1859), centro del movimiento escolástico en Colombia. Este ilustre sacerdote ha formado varias generaciones de jóvenes en los veintisiete años de su rectorado y ha publicado sus *Lecciones de Metafísica* (1915), que han merecido singulares elogios de revistas filosóficas del extranjero. Como orador sagrado, ocupa Monseñor Carrasquilla puesto eminente, por sus pláticas doctrinales, sus panegíricos y, sobre todo, por sus oraciones fúnebres, que lo acreditan de aventajado discípulo de Bossuet. En este género tan propio de la literatura francesa como extraño en la castellana, según se ve por la inferioridad de obras como la oración fúnebre de Felipe II, por el P. Cabrera, y como las muy débiles del ardiente predicador popular Beato Diego de Cádiz, Monseñor Carrasquilla ha sabido mantener el decoro de la cátedra sagrada, no humillando la palabra divina con adulaciones a la grandeza humana, ni adornando con flores retóricas la majestad desnuda de la muerte; antes bien, presentando el espectáculo de la vida de los hombre ilustres como testimonio de la efímera grandeza mortal, sólo realzada por la virtud. En esas oraciones, de severo y elevado estilo, se levanta el orador, en alas de la emoción, a la esfera de lo patético y de lo sublime, como es de verse en la dedicada a León XIII, majestuosa como la figura del gran Pontífice. Es Monseñor Carrasquilla un insigne literato, que preside dignamente la academia de la Lengua, en cuyas solemnidades

ha pronunciado discursos tan importantes como los consagrados a la Madre Castillo y a don José Joaquín Ortíz. Si sus escritos valen mucho, por la claridad y precisión del estilo y la fuerza y vigor de la argumentación, dotes que revelan en él al maestro de raza, su influencia personal no es menos eficaz, y lo acreditada como un valioso elemento de cultura en el país.

Comparte con Carrasquilla el cetro de la oratoria sagrada Monseñor Carlos Cortés Lee, predicador formado en el estudio directo de los Padres de la Iglesia, especialmente de san Juan Crisóstomo y de los grandes apologistas modernos, tanto latinos como germanos. Su inmensa erudición no ha sido obstáculo, sino más bien estímulo al libre vuelo de su genio, que es a un tiempo oratorio y poético y habita las cumbres de la exposición teológica. Desarrolla siempre altos y profundos temas, en oraciones iluminadas por el fulgor del pensamiento y la llama de místicos afectos; en períodos amplios y majestuosos, de rozagantes pliegues, de estilo en que se funden expresiones clásicas, que recuerdan a Granada, con el giro propio de los grandes predicadores modernos. Desgraciadamente, Monseñor Cortés no ha publicado sino escasas muestras de su opulento repertorio.

Debemos hacer justa conmemoración de dos eminentes prelados. El Ilmo. señor don Juan Buenaventura Ortiz, obispo de Popayán (1840), fue incansable e inteligente apologista y predicador de grandes dotes expositivas, a las cuales no correspondía su débil y poco agradable voz. De su talento de pensador queda notable muestra en su libro *Lecciones de filosofía social y ciencia de la legislación* (Bogotá, 1880), libro muy bien pensado y muy bien escrito, que el autor destinó para que sirviera de texto en los institutos católicos, en época en

que la transformación político-religiosa era apenas una lejana esperanza en el país. El Ilustrísimo señor don José Telésforo Paúl, obispo de Panamá y luego arzobispo de Bogotá, era un hombre superior por el prestigio de su palabra, la elevación de su pensamiento, el brillo de su virtud. Fue poeta elegante, escritor de gusto francés y orador que atraía al auditorio con el solo encanto de su figura, que recordaba la de Fenelón, y lo cautivaba con el grato timbre de su voz y con el halago de su láctea elocuencia.

La oratoria política ha tenido también, de 1885 en adelante, dignos representantes. Don Carlos Calderón lució gallardamente, al lado de Caro y de Samper, en las discusiones del Consejo Nacional Constituyente, y fue elegante periodista y cultivador de los estudios políticos, como puede verse en su libro sobre Núñez. Su hermano don Clímaco Calderón, más que orador fue docto expositor científico, autor de un importante *Tra-tado de la Hacienda pública*. Don José Vicente Concha, expositor de derecho penal y de ciencia constitucional y actual presidente de la República, ha sido, en sus épocas de lucha, arduosísimo tribuno, cuya frase correcta y vibrante guarda semejanza, por sus condiciones artísticas y su efecto práctico, con la del célebre Ríos Rosas. Don Hernando Holguín y Caro sigue, en la oratoria política y en la académica, las huellas paternas, renovando los triunfos de su ilustre progenitor. Pedro Nel Ospina no sólo ha cultivado la oratoria política, sino que ha escrito estudios literarios, como uno, muy interesante, sobre el *Fausto* de Goethe. El doctor Nicolás Esguerra, eminente parlamentario, aun cuando procede de época anterior (1839), ha vivido lo bastante para alternar con esta generación de oradores y servir a la patria con la serenidad de un hombre de estado.

El género de costumbres, aunque no ya preponderante, siguió obteniendo cultivo en artículos de Marroquín y de Silva, y en cuadros como los que trazó la picante pluma de Francisco de Paula Carrasquilla. Era éste un ingenio lleno de chiste y de sal, pero inclinado, desgraciadamente, a hacer uso de su *vis* satírica en contra de las personas, como es de verse en sus terribles *Retratos instantáneos*. Dejó también una colección de *Epigramas*. Luis Segundo de Silvestre escribió, en la última época de su vida, un bello cuadro de costumbres, *Un par de pichones*, y una linda novelita de costumbres tolimenses, titulada *Tránsito* (Bogotá, 1886), que tiene páginas no inferiores a las de la *Manuela*.

En 1886 se publicó *La Lira nueva*, colección de poesías de una joven generación. Allí se advierten influencias de los dos poetas españoles que fueron más imitados en América: Núñez de Arce y Bécquer. Tiene algo del primero por el estilo y por el género de poesías que cultivaron, Carlos Arturo Torres, José Rivas Groot, José Joaquín Casas. En el grupo becqueriano de *La Lira* pueden incluirse, dentro de la variedad de su carácter y estilo, Emilio Antonio Escobar, José Angel Porras, Ismael Enrique Arciniegas, Ernesto y Adolfo León Gómez, Diego Uribe, Federico Rivas Frade, Joaquín González Camargo y José Asunción Silva, llamado a iniciar otros rumbos poéticos.

Carlos Arturo Torres, que con Rodó y García Calderón formó en un tiempo la trinidad de expositores americanos de las doctrinas de un liberalismo templado, de tendencias civiles, fue un poeta de alta y filosófica inspiración, cultivador de un simbolismo más semejante al de Nigny que al de Mallarmé. Sus versos eran robustos y varoniles, a veces más de pensador que de poeta; pero dejan honda impresión en la mente y en

el corazón cantos como *El cáliz* y *En la Abadía de Westminster*. Sus *Estudios ingleses* dan la idea de una poderosa mentalidad y de su estilo vigoroso y enérgico, aun cuando a las veces recargado de términos de extracción científica. Discípulo en filosofía de Spencer, su talento estaba llamado a brillar especialmente en estudios sociológicos y en ensayos análogos a los que reunió con el título de *Idola Fori*.

José Rivas Groot es también poeta pensador, pero de tendencias francamente cristianas y de la más pura inspiración idealista en los pocos cantos que ha publicado, especialmente en la solemne y magnífica poesía *Las constelaciones*, luminosa como los astros que canta y melancólica como todo cuanto nos recuerda lo efímero de las cosas que juzgamos eternas. Rivas Groot es delicadísimo artista de la prosa en narraciones breves, como *Julietta*, y en la novela *Resurrección*, que por su idealismo, su elegancia aristocrática y cierto sentimentalismo de buen tono, recuerda a los buenos escritores franceses de la moderna escuela cristiana.

Enrique W. Fernández ha sido poeta religioso y descriptivo con originalidad y vigor de estilo y cierta sobriedad de frase, a la manera de Núñez, que deja aparecer la viril musculatura del pensamiento en cantos como el titulado *El dolor*.

(Continuará).

ANTONIO GOMEZ RESTREPO



REVISTA

del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección de la Consiliatura

ACTOS OFICIALES DEL COLEGIO.—FILOSOFÍA.—CIENCIAS.
LITERATURA, ETC.

Se publica un número de 64 páginas el día primero de cada mes, excepto enero y diciembre.

Sólo se canjea con revistas y publicaciones análogas.

Número suelto.....\$ 0,20 oro

Suscripción por año (adelantada)..... 2,00 »

Número atrasado..... 0,30 »

Para todo lo relativo a la REVISTA, dirigirse al Administrador, señor don Ernesto Merizalde Durán, apartado de correos número 72.

Se envían por correo números y suscripciones fuera de la ciudad, siempre que venga el valor del pedido.